

TRASLUZ, Cuentos, por *Carlos Corvalán P.*—Talleres Gráficos «El Chileno». Santiago

Humorismo puro es el de este libro de Carlos Corvalán. No ese humorismo que se desborda en sarcasmo, de los humoristas malhumorados, ni tampoco el humorismo chacotero que se unta el ingenio para alcanzar el efecto fácil, sino el íntimo humorismo que sonríe sosegadamente ante las cosas, mirándolas al trasluz de toda ajena intención. Hasta el caso de que el autor, espíritu joven y al par maduro, haya demorado tranquilamente sus buenos años en ofrecernos los frutos de su cosecha, parece mostrar una suave duda irónica respecto al paladar del público lector.

Y bien; aquí nos da, pese a sus dudas—que pronto se disiparán—el discreto aroma de estos diez bien escogidos y bien presentados cuentos. Son diez cuentos de índole zoológico-apologética, sin que el autor, creemos, haya querido darles esa índole, la que deviene por consecuencia. Al revés de Esopo, de la Fontaine o de Samaniego, que «personalizaron» en sus fábulas, los diversos animales, a fin de ironizar didácticamente y moralmente en ella los defectos de los hombres, Corvalán toma sus irracionales personajes en su calidad de tales; y sin pretender siquiera atribuirles el uso del lenguaje, hace resaltar de tal manera sus peculiaridades, que ellos adquieren, dentro de su condición específica misma, una propia personalidad animal. Resulta, claro, al fin de cuentas, un gran parecido con el hombre...

Es tal, a veces, el parecido que, sin querer, evocamos personajes y acontecimientos de nuestro mundo racional. Esto nos sucede en aquellos cuentos en los que sospechamos el autor ha forzado un poco artificialmente el resorte de la técnica; como ser, en «*Intelectuales en el Zoo*», «*Lección y escarnio*», «*Las vacas viajeras*», etc. Pero, el estrabismo momentáneo de nuestra percepción intelectual se restablece pronto, con la amenidad total del relato. En cambio, nos dejan en la imaginación una in-

genua impresión de línea recta, los cuentos, «El caso de copito» y «Confianza», en los cuales no se quiebra aparentemente la continuidad del contenido; pero bajo el cual zigzaguean, o la risueña chispa de la malicia, o la chispita maliciosa de una simpática conmiseración.

Con sólo el cuento «El Coronel», que inicia y comanda este volumen, y el que hemos querido citar a lo último (no en castigo por la triste defección de su héroe, sino en méritos de jerarquía literaria), Carlos Corvalán inicia y cimenta su propia jerarquía de cuentista. Reune este relato las condiciones de observación indispensables a este género humorístico, y a cualquier otro. Sin alardes estilísticos ni dejadeces de expresión, el autor nos lleva alegremente, como en el aire, desde el comienzo hasta el final del libro, por un trayecto imprevisto y animado. A ratos únicamente, al bajarnos acaso de nuestra cómoda contemplación, alguna piedrezuela descuidada, nos hace dar uno que otro tropezoncillo. Pero eso no es nada: ¿qué cuesta quitar las piedras?

Con un bello prólogo de Domingo Melfi, quien ha observado con cariño y comprensión al autor, «al trasluz» de esta su primera obra, Carlos Corvalán nos brinda también con sus cuentos, la impresión de ser un escritor hecho y derecho en su género.—GUILLERMO KOENENKAMPF.



SIGNIFICACIÓN DE LAS COSAS, por *Carlos René Correa*.—
Editorial Nascimento, 1940

El hombre, inmerso en el espectáculo grandioso de la vida, sólo se detiene a contemplar los hechos y las cosas que hieren fuertemente sus sentidos. Se afana por lo más urgente y se suma al fárrago humano en el tumulto plebeyo. Teme aislarse y definirse como una individualidad. Y sus gustos, y sus ideas, y